

## XII

### EL CULTO, LA PASTORAL Y LA PIEDAD

Por Karl Amon

La autorrenovación y autoafirmación hicieron que la Iglesia encontrara en el siglo XVI una nueva imagen, que borraba las sombras medievales y se materializaba en nuevas formas en la estructura, la predicación, la pastoral, la piedad y la caridad. Como resultado de las pérdidas sufridas a causa del protestantismo, la Iglesia de los tiempos modernos es más marcadamente romana. Por otro lado, la confrontación con el protestantismo ha creado tensiones fructíferas en la teología y en la espiritualidad. Y es mayor que en la edad media la significación, ahora preferentemente pastoral, del papado y de las órdenes y congregaciones religiosas, sobre todo de la compañía de Jesús. Como antagonista del pensamiento eclesiástico se presenta en el siglo XVII el empirismo de las ciencias naturales y la ilustración en el siglo siguiente. Nuevos interrogantes plantearon la revolución francesa con sus consecuencias, los profundos cambios sociales del siglo XIX, la nueva configuración de Europa después de la primera guerra mundial y finalmente el cambio iniciado en el interior de la Iglesia y en su relación con el mundo moderno a partir de la elección papal realizada en 1958.

#### §165

#### **De Trento al «catolicismo barroco»**

La expresión «catolicismo barroco» tiene que ver con el nuevo estilo artístico que domina la escena desde el siglo XVI hasta el siglo XVIII, pero es aplicable también al conjunto de la vida eclesial. La Iglesia de este tiempo se diferencia claramente de la Iglesia del final de la edad media, de la forma que adquirió inmediatamente después del concilio de Trento, así como del catolicismo del siglo XIX, aunque existen numerosas y fuertes vinculaciones con el pasado y el futuro.

La piedad barroca daba más valor al sentimiento devoto y a la expresión fuerte. Una mayor intensidad sustituyó a la abigarrada pluralidad del medioevo tardío. Además, la piedad era promovida y controlada por la autoridad eclesiástica, por los obispos y por la curia romana. Tan grande como en la edad media es la predilección por los milagros, compartida incluso por jansenistas y jesuitas, como muestran, por ejemplo, los hechos

milagrosos acaecidos en la tumba del diácono jansenista Francisco de París (a partir de 1727), hasta el punto de tener que cerrarse el cementerio por orden real.

#### a) *Una pastoral renovada*

En comparación con la edad media, el clero mostraba muchos rasgos positivos. Formado en seminarios episcopales (que comenzaron a construirse paulatinamente), en los colegios de los jesuitas o en casas de otras congregaciones religiosas (Pierre de Bérulle, Jean-Jacques Olier, Vicente de Paúl, Jean Eudes), estaba mucho mejor preparado que antes tanto desde el punto de vista científico como ascético.

La predicación, impuesta por el concilio de Trento como obligación grave que los párrocos deben cumplir los domingos y días de fiesta, tenía formas antiguas y nuevas: predicación sobre perícopas evangélicas y sobre temas concretos; la del adviento y cuaresma; la predicación apologética y de misiones. Pretende despertar afectos e influir en el ánimo del oyente (como el pietismo protestante); a veces corría el peligro de perderse en puro sentimentalismo. El más famoso predicador del barroco alemán, el agustino eremita Abraham de Sancta Clara (1644-1709), impresionaba por su dominio del lenguaje y por su atinado humor. El púlpito barroco, con creciente riqueza ornamental de iconografía expresiva, era el marco de la predicación.

La enseñanza popular contaba entonces con la ayuda de numerosos catecismos (Pedro Canisio desde 1554). Éstos se independizaron crecientemente de Lutero y de Erasmo. Las congregaciones y fraternidades clericales («hermandad de la doctrina cristiana», introducida por Carlos Borromeo) pusieron especial empeño y esfuerzo en la instrucción religiosa. Las misiones populares trataron de elevar espiritualmente al pueblo, abandonado por el absolutismo (Vicente de Paúl, Paolo Segneri, los redentoristas); tanto las autoridades eclesiásticas como las civiles promovieron este instrumento desde el siglo XVII.

También se desarrolló la organización de la pastoral. Se implantaron de forma general los registros de bautismos, de matrimonios y de defunciones; los libros-registro de confesiones y comuniones controlaban la práctica sacramental del pueblo. En el plano diocesano, las visitas del obispo o de sus delegados servían para guiar y controlar a los clérigos y a los seglares.

Las hermandades revivieron tanto en la ciudad como en el campo, pero el acento se desplazó del gremio medieval a la hermandad de oración situada por encima de la diferencia de estamentos sociales. Terceras órdenes y congregaciones marianas están marcadas por las órdenes religiosas. De las hermandades dimanaron también nuevas configuraciones

de la vida monástica, especialmente en los países latinos. Toda la panoplia de asociaciones piadosas, que realizaban también importantes tareas caritativas y sociales, se exponía de forma impresionante en la procesión del *Corpus Christi*.

Una especie de liga secreta con vinculaciones con personalidades influyentes era la *Compagnie du Saint Sacrement*, fundada en 1627 y que se convirtió en seguida en punto de partida de las más importantes actividades católicas en Francia, especialmente en el campo de la caridad y de las misiones. Su lucha sin cuartel contra el demonio, el mundo y la concupiscencia de la carne, contra la vida social alocada y sin escrúpulos, así como su odio a los protestantes (influencia para la supresión del edicto de Nantes, 1685) le conferían rasgos inquisitoriales; la obligación de mantener el silencio la hacía sospechosa. Aunque finalmente fue suprimida, su espíritu se mantuvo vivo hasta finales del siglo XVIII.

Como mediadores de una piedad intensa aparecen innumerables libros de oración y otros pequeños productos de la imprenta. Esta literatura religiosa alcanzó más y más destinatarios hasta el siglo XVIII, momento en que la mística se vio paulatinamente desacreditada por el quietismo, los temas religiosos pasaron a un segundo plano en las obras líricas, épicas y dramáticas, y la novela mundana se convirtió en género literario preferido. Para la divulgación masiva de esta literatura era preciso que se ampliaran los círculos de personas con conocimientos de lectura. Ejemplos importantes son la *Hauspostille* de Leonhard Goffiné (1690) y los escritos de Martin de Cochem († 1712, especialmente su explicación de la misa y su vida de Jesús).

El teatro de los jesuitas fue de lo más esplendente en el mundo escénico del siglo XVII, pero, al estar escrito en latín (salvo en contadas excepciones, entre las que cabe incluir al jesuita Friedrich von Spee), quedaba reservado a los estratos sociales cultos. El drama escolar de los jesuitas alcanzó su máximo esplendor a partir de 1650 allí donde el trabajo educativo de éstos no sufrió apenas las repercusiones del conflicto con los jansenistas. Los juegos imperiales en Viena llevaron casi sin solución de continuidad a la ópera. Así, la comedia, introducida para distracción de los alumnos, se convirtió en un importante medio pastoral que sería imitado por otras instituciones religiosas. Los autos sacramentales españoles (Pedro Calderón de la Barca, † 1681) eran predicaciones profundas en forma de drama.

#### b) *Liturgia y recepción de los sacramentos*

Los nuevos libros litúrgicos (*Missale Romanum*, de 1570) eliminaron abusos y simplificaron la liturgia, pero también echaron por la borda propiedades valiosas. No se profundizaba en el núcleo del culto cristiano,

pero se utilizaban medios expresivos humanos más elaborados en honor de Dios y para influir religiosamente en los fieles. Los ritos, la música, la luz y el aroma creaban un drama representado con precisión y recogimiento. Esto y la uniformidad arquitectónica de las iglesias unían a los muchos devotos, pero no llegaban a crear una comunidad verdaderamente festiva. De ahí que la espiritualidad de los laicos y, también, de muchos eclesiásticos tendiera a formas sustitutivas y paralitúrgicas en las que fue particularmente fértil la espiritualidad barroca. También el paralelo protestante, el pietismo, sitúa junto al culto —suntuosamente organizado, sobre todo en su aspecto musical— otras formas de devoción que dicen mucho más al individuo piadoso y que privan a la liturgia oficial de sus fuerzas más vivas. Plastificaciones dramáticas como el pesebre, el monte de los Olivos, el Santo Sepulcro con sus correspondientes devociones, la representación de la pasión, y la solemne procesión de *Corpus* se convierten en nuevos hitos del año litúrgico.

Nuevos libros litúrgicos editados por obispos franceses (en París: *Missale*, 1736; *Breviario*, 1738) influidos por concepciones jurídicas galicanas anticipaban algunas de las reformas de Pío X y del concilio Vaticano II. También el episcopalismo y el josefinismo se ocuparon de la reforma litúrgica. Algunas traducciones de libros litúrgicos pretendían ayudar a comprender. También hubo preocupación por simplificar.

Un problema ascético más bien que litúrgico fue el de implantar la comunión más frecuente, promovida por algunas órdenes y congregaciones religiosas, por fraternidades y por otros círculos piadosos e indirectamente también por las indulgencias, uno de cuyos requisitos era recibir la sagrada comunión. Los conventos y los lugares de peregrinación contaban con orgullo el número de comuniones dadas durante el año. En contra de los jansenistas, los jesuitas lucharon en favor de la comunión frecuente. Pero dado que muchas veces se recibía la comunión fuera de la misa, se privaba a los fieles del punto central de la misa solemne. La comunión bajo las dos especies se administraba sólo en muy raras ocasiones (misal papal, consagración del obispo, coronación, comunidades monásticas), y era considerada en general como protestante. La primera comunión celebrada en común fue introducida por los jesuitas (primero en Munich, 1661).

La misa solemne barroca carecía no sólo de la distribución de la comunión, sino también de la predicación, aunque ésta solía tener lugar generalmente antes de la misa; había unas oraciones propias para el comienzo y para el final del sermón. Con todo, se insistió frecuentemente en la obligación de escuchar el sermón.

La confesión solía preceder a la comunión. Productos artísticos de la praxis catequética y ascética de la confesión son los confesionarios. Al principio se trataba de muebles abiertos y móviles (con frecuencia se utilizaban exclusivamente en caso de necesidad), pero, tras un período de

evolución, solían componerse de tres cuerpos artísticamente ornamentados. Juan Nepomuceno, canonizado como mártir del secreto de confesión (1729), confesaba con frecuencia también en las calles y en los puentes.

La indulgencia como remisión de la pena merecida por los pecados, especialmente la indulgencia plenaria, gozaba de gran predilección y eliminó muchos abusos medievales. En consecuencia, hermandades, monasterios, lugares de peregrinación privilegiados, así como determinadas fiestas, fueron fuertemente promovidas por las indulgencias.

La celebración canónica del matrimonio estaba recogida en el Ritual, que no era uniforme para toda la Iglesia. Aquélla revestía, pues, fuertes diferencias regionales. Según la normativa tridentina, la declaración del consentimiento ante el párroco y dos testigos o la bendición del matrimonio eran consideradas como el núcleo sacramental del matrimonio.

Debido a dificultades económicas derivadas del excesivo número de festividades, se manifestó el deseo de reducir los días festivos, generalmente por parte de los Gobiernos seculares (pero también en los cabildos). Ya la Convención de príncipes de Ratisbona de 1524 había pedido que las fiestas no sobrepasaran el número de 35; en Francia se produjo una reducción en 1583. Cuando Urbano VIII fijó en 1642 el número de fiestas en 34 se contaba entre ellas también la de San José, cuya popularidad iba en aumento. Se consideraban fiestas locales la de la consagración de la iglesia y la del patrono de ésta, y las de determinados patronos del país. Se produjeron nuevas reducciones en la Francia de Luis XIV, en España, Nápoles y Sicilia, Austria (en tiempos de María Teresa), en Baviera y en las regiones católicas de Prusia. Y se introdujo la fiesta de la Concepción Inmaculada de María en Austria (Viena 1629, con el cardenal Klesl), en España (1644) y, finalmente, en la Iglesia universal (1708).

### c) *Formas de devoción*

Puesto que la evolución de la piedad corrió paralela a la liturgia, que no sufrió variaciones, el foso entre liturgia y piedad popular, abierto en la edad media, se hizo más profundo. La piedad postridentina dio cabida a numerosas devociones preconciariales, anteriores a la reforma, pero también creó bastantes acentos desconocidos hasta entonces. Promovida por los órdenes religiosos y por las casas reales (*pietas austriaca*), esta piedad despertó una entusiasta conciencia de fe y alcanzó una robustez reconocible aún en nuestros días. Puesto que ni la ilustración ni la restauración ni el romanticismo lograron una intensidad de vida similar, dicha espiritualidad ha configurado la religiosidad católica hasta el presente. Interpeló a estratos religiosos de las profundidades humanas, invadiéndolos la vida cristiana,

especialmente en el sur de Europa, en la América latina y en las regiones meridionales de lengua alemana.

A diferencia de formas protestantes similares (pietismo), el catolicismo barroco ama el movimiento, las procesiones y las peregrinaciones. Nacieron nuevos centros de peregrinación; las iglesias construidas para recibir a los peregrinos no desmerecen, en cuanto a dimensiones y riqueza artística, si se las compara con las iglesias conventuales importantes. Los peregrinos romanos visitaban con agrado Loreto, cuya letanía (*letanía lauretana*) se propagó muchísimo.

La veneración de la Trinidad es de carácter teocéntrico y estuvo promovida por la animosidad respecto de los antitrinitanos y del islamismo monoteísta (especialmente por los Habsburgos) y por situaciones apuradas, como la epidemia de peste (columnas en honor de la Trinidad). También en el arte encontramos a menudo el tema de la Trinidad, especialmente como sede de gracia y como Trinidad horizontal (Padre e Hijo juntos), unida no rara vez con la coronación de María.

Las devociones relacionadas con la pasión de Cristo continúan una línea conocida ya en la edad media y la desarrollan ampliamente. El monte Calvario se convierte en el paisaje sacro por antonomasia; las predicaciones cuaresmales y las representaciones de la Pasión florecen de nuevo. En el siglo XVIII se difunde el vía crucis franciscano, colmado de indulgencias. Esa promoción se debió especialmente a la actividad del franciscano Leonardo de Porto Maurizio.

Enraizada en la mística medieval, la veneración del corazón de Jesús alcanza su momento culminante por medio de Jean Eudes y de las visiones de la salesa Marguerite-Marie Alacoque († 1690), que promovió la comunión de los primeros viernes de mes y la fiesta del Corazón de Jesús. La aclaración de los fundamentos teológicos requirió prolongadas controversias. Combatida por los jansenistas, esta devoción fue propagada por los jesuitas. Destinado en un principio para Polonia y para la archicofradía romana, apareció un oficio de la fiesta (1765) que se propagó rápidamente. Numerosas fraternidades muestran la robustez del culto. La veneración del Corazón de Jesús no sólo se mantuvo libre de supersticiones, sino que sobrevivió a las revoluciones posteriores.

El sacramento del altar dejó las hornacinas situadas en el lado del evangelio para pasar al tabernáculo colocado en el altar mayor, que tenía una estructura en forma de trono para la frecuente exposición del Santísimo en la custodia (también durante la misa). La custodia alcanzará su máximo desarrollo artístico e iconológico precisamente en la época del barroco. Como devoción especial para el tiempo en que Cristo permanece en el sepulcro nació la oración de las cuarenta horas ante el Señor expuesto (primero en Milán, 1527). Trasvasada a otras ocasiones, fue organizada por Clemente VIII como adoración perpetua en las diversas iglesias de la

ciudad (1592). De ahí se desarrolló lo que se conoce como días de adoración en las parroquias, siguiendo una correlación sucesiva entre ellas (después de la guerra de los treinta años, primero en Baviera y Maguncia). Las fraternidades sacramentales de todo Occidente ejercían actividades religiosas y caritativas.

Se fomentó la devoción mariana con una marcada animadversión contra los ataques protestantes. A través del nuevo *Breviario* romano se propagó la forma del *Avemaria* generalizada en nuestros días. El rosario llegó a su forma actual y se convirtió en una característica católica. Entre las creaciones plásticas que tienen por tema a María encontramos con especial frecuencia la Inmaculada Concepción pisando la cabeza de la serpiente, tanto en lugares públicos (columnas marianas) como en las casas. También se propagó de forma creciente la convicción de que María había sido concebida sin mancha de pecado original (las escuelas jesuíticas estaban obligadas a defenderla). La *Pietà* —es decir, la representación de la madre de Cristo dolorosa—, muy difundida ya a finales de la edad media, perdura en el arte del renacimiento (Miguel Ángel) y del barroco en innumerables obras escultóricas y de pintura. Una imagen de María especialmente amada en ese tiempo es también la Asunción en su subida triunfal a los cielos y la Coronación por la Santísima Trinidad: María como emperatriz de los cielos, con el adorno de la corona y rodeada por exultantes coros angélicos. Los estandartes de la liga en la guerra de los treinta años llevaban la imagen de la Inmaculada. Luis XIII (1610-1643) consagró Francia en 1638 a la Asunción de María. Desde que fracasó el asedio sueco al monasterio de Jasna Góra (1655), la Virgen Negra es considerada reina de Polonia. El príncipe elector Maximiliano de Baviera nombró a María protectora de Baviera y ordenó una guardia de honor ante su imagen, y Fernando II de Habsburgo la consideraba como su «archiestratega». La victoria lograda sobre los turcos en las afueras de Viena (1683) llevó a la fiesta litúrgica del Nombre de María. Mediante la promoción de los respectivos soberanos, los lugares de peregrinación adquirieron un cierto carácter dinástico o territorial: por ejemplo, Mariazell, austríaco; Altötting, bávaro. Los jesuitas, las congregaciones marianas dirigidas por ellos, y otras muchas órdenes y congregaciones religiosas fomentaron conscientemente la devoción mariana. Entre las numerosas formas particulares de devoción destacaremos la veneración del Corazón de María junto al Corazón de Jesús (Jean Eudes) y la idea de la «esclavitud mariana» (Louis-Marie Grignon de Montfort, † 1716). La práctica del mes de mayo se desarrolló, a partir del siglo XVII, en forma de oraciones diarias a la Madre de Dios durante todo el mes.

También otros santos adquirieron renombre como testigos de la actuación de la gracia de Dios y como abogados ante el Rey celestial. Uno de los trabajos más impresionantes de las ciencias históricas ha sido el

esfuerzo por confeccionar una hagiografía creíble (maurinos, bolandistas). Mientras que el gran número de santos venerados especialmente a finales del medioevo disminuía, destacan con mayor fuerza algunas nuevas figuras, como la de san José o las de los patronos contra la peste Roque y Sebastián. A decir verdad, las mejores plazas de la veneración popular estaban ocupadas desde la edad media, y las canonizaciones posteriores respondieron con frecuencia no tanto a la devoción popular cuanto al empeño de las órdenes religiosas o de los soberanos. También se recogían y veneraban reliquias, osamentas innominadas de las catacumbas romanas, con la carta de autenticidad y con nombre latino; y eran llevadas a muchas iglesias («Santos de las catacumbas»), donde eran expuestas en magníficos relicarios.

El arte presta un servicio especial a la fe. El curso seguido por el estilo artístico arrancó del renacimiento, pasó por el manierismo para desembocar en el barroco, que no es un simple reflejo de la reforma católica ni de la contrarreforma. Con todo, la tendencia a presentar temas controvertidos pone de manifiesto la utilización del arte para la predicación católica. El arte barroco desde Roma se propagó. Sus grandes obras nacieron especialmente en las regiones que se habían mantenido fieles al catolicismo, y expresaban la última cultura común a la cristiandad del Occidente.

El recurso a lo sobrenatural estimula osadamente la afirmación cristiana del más acá; la unión de la naturaleza con la gracia y el apasionamiento de la expresión manifiestan la fuerza de la fe afirmada o restaurada. El ámbito eclesial perdía la angularidad gótica y se convertía en una sala uniforme, orientada hacia el altar mayor, que ahora quedaba completamente libre a la vista de los fieles, sin el impedimento del cancel típico de las iglesias centroeuropeas anteriores. La unión de la estructura lateral con la central, que reviste también importancia teológica y litúrgica, encontró soluciones felices. Este estilo, representado en un principio por fuerzas italianas, después de la contrarreforma y de la guerra de los treinta años creó obras importantes en la construcción de monasterios e iglesias del sur de Alemania. Contenidos teológicos se hacen patentes en la escultura y en la pintura, en las fachadas, en los altares, así como en las pinturas de techos y cúpulas que presentan toda la historia de la salvación. Las imponentes formas barrocas desembocaron en el dieciochesco estilo decorativo conocido con el nombre de «rococó». Absolutamente incomprensibles para la ilustración, los valores artísticos del barroco serían redescubiertos a finales del siglo XIX.

Por lo que se refiere a la música sagrada, Trento había combatido todo lo que sugiriera «lascivia e impureza», llegando a poner en entredicho incluso la polifonía, aunque terminó por admitirla y puso sus obras (Giovanni Pierluigi Palestrina, Orlando de Lasso, fallecidos ambos en



1595) al servicio de la liturgia. El dicho de que la *Missa papae Marcelli* de Palestrina impidió que se llevara a cabo la planeada prohibición de la música polifónica, ilustra la situación que se vivió en los tiempos tridentinos. La religión continuó siendo durante bastante tiempo el campo principal de la música: misas, motetes y cánticos para la iglesia siguen constituyendo en el siglo XVIII las creaciones más importantes. La música vivió momentos de esplendor en las catedrales y monasterios, así como en las cortes de los príncipes; y todo esto tuvo su réplica en el ámbito protestante. En tiempos posteriores, la influencia de la música instrumental y de la ópera hizo que no siempre se tuvieran presentes los puntos de vista litúrgicos, e introdujo elementos excesivamente mundanos en la música sagrada. Por eso, precisamente en las obras maestras de la época se creó una tensión entre la genialidad de la composición y su adecuación litúrgica. Y esas tensiones permiten comprender las críticas posteriores y los intentos de reforma realizados en los siglos XIX y XX.

#### d) *Sombras de la piedad barroca*

Una de las deficiencias fundamentales del absolutismo y de todo el mundo cultural barroco es la ceguera para las cuestiones sociales y el incuestionado aferramiento a la tradicional ordenación de los Estados, que se afianzaba aún más. El absolutismo y el feudalismo tuvieron consecuencias negativas también en la vida eclesiástica. En Francia y en Alemania los obispos del siglo XVIII son nobles; y la pertenencia a la nobleza es requisito imprescindible para ser admitido en los cabildos catedralicios y en conventos importantes. Y puesto que también los conventos de monjas más importantes estaban reservados a la nobleza, no se mejoró la situación eclesial de la mujer. La mujer célibe, en la medida en que el privilegio de la nobleza no le concede el acceso al convento, se destacará en la Iglesia a lo sumo como monja. Algunas órdenes y congregaciones como las visitandinas, las ursulinas y las English Ladies siguieron objetivos que permitían a las mujeres ejercer responsabilidades espirituales. Sin embargo, la tendencia eclesial solía empujar hacia la acomodación a anteriores formas de la vida monástica con clausura.

Se descuidaron también los problemas sociales propiamente dichos.

Las necesidades del hombre de la calle preocupaban poco al absolutismo. La predicación, con su obvio llamamiento permanente al amor al prójimo, no consiguió cambios importantes en el sistema vigente. La situación no era diferente en los países protestantes. Se pensaba que la pobreza de tantos, permitida por Dios, debía preservar a los hombres de los peligros de la riqueza. Algunas decisiones de las autoridades eclesiásticas crearon, sin embargo, posibilidades de trabajo. Señalemos como ejemplo la intensa actividad arquitectónica mantenida por los papas desde el

renacimiento. Tampoco faltan ejemplos de verdadera preocupación personal por los subordinados. Y se concedía gran importancia a determinadas actividades de las órdenes religiosas, como al cuidado de los enfermos practicado por los jesuitas o a las iniciativas privadas en el terreno de la caridad o de la enseñanza, actividades que llevaron a la fundación de congregaciones religiosas (Camilo de Lellis, Juan Leonardi, José de Calasanz, Vicente de Paúl, Juan Bautista de la Salle). Conocidos y aplaudidos son los esfuerzos de Pedro Claver en favor de los esclavos negros. Fundaciones de puestos de estudio, realizadas también por los soberanos, permitían a hijos de padres no acomodados cursar estudios en la universidad. Puesto que la Iglesia carecía de una doctrina social, la única motivación para la ayuda social era la exhortación encarecida de la predicación a ejercitar el amor al prójimo.

Junto a los aspectos bellos de la vida devota encontramos numerosas y graves deficiencias, calificables como superstición y que fueron criticadas por contemporáneos clarividentes. Las bendiciones recibidas en la confianza de lograr la ayuda de Dios podían tomar un carácter supersticioso cuando existía una mentalidad mágica. En los ambientes rurales, las misas de rogativas para pedir determinadas situaciones climatológicas y las bendiciones relacionadas con esos mismos objetivos estaban expuestas permanentemente a esas interpretaciones equivocadas. La superstición medieval no sólo se mantuvo en tiempos posteriores, sino que en muchos ambientes ganó fuerza y amplitud.

La brujería, que alcanza su punto culminante a finales del siglo XVI y en el siglo XVII, no es hija exclusivamente de la superstición popular, sino también de las carencias de la teología, así como de la praxis jurídica vigente en la sociedad y en la Iglesia. Los procesos de brujas se dieron también en regiones protestantes y constituían una triste herencia de la edad media y de una teología muy deficiente. Tales procesos chocaban contra exigencias del derecho natural, así como contra el reglamento del proceso penal de Carlos V (1532). El proceso de brujas se consideraba un procedimiento especial con escasas posibilidades de defensa. El juez y el soberano podían disponer a menudo de las propiedades de las brujas. Se tendía a seguir la vía de la menor resistencia y se lanzaban las sospechas sobre mujeres mayores. Algunas disposiciones restrictivas de la Congregación de la inquisición, así como la crítica de autores católicos (los jesuitas Adam Tanner y Friedrich von Spee) y protestantes (el médico calvinista Johann Weyer) ejercieron poca influencia en la terrible realidad, que sólo mejoraría durante la época de la ilustración. La última quema de brujas conocida tuvo lugar en 1793 en Poznan. Brotes de brujería han perdurado hasta nuestros días en la superstición popular.

## Vida eclesial en el mundo moderno

### a) *Pérdidas y ganancias*

En la sociedad nacida tras la revolución francesa la Iglesia no aparecía ya como algo absolutamente imprescindible. Sin embargo, la ilustración, las revoluciones, el liberalismo y el socialismo no sólo significaron pérdidas para la Iglesia, sino también el despertar de nuevas fuerzas que habían estado dormidas en ella. Y éstas le permitieron superar su actitud negativa frente a los nuevos tiempos. Así, la Iglesia pudo aprovechar las posibilidades que le ofrecía la nueva sociedad. Y pudo afirmarse no sólo en el plano de la organización, sino también en el intelectual, a pesar de que los últimos ramalazos de la ilustración produjeron efectos negativos en las capas sociales bajas y distanciaron de la Iglesia sobre todo a la clase trabajadora. Trataremos de rastrear aquí las líneas más importantes de esta evolución intraeclesial.

La ilustración en general distanció de la Iglesia y del cristianismo. En este distanciamiento tuvo bastante que ver también el fracaso de la Iglesia en su actitud frente a los tiempos modernos. Sin embargo, en Alemania nació una ilustración católica empeñada en renovar el cristianismo teniendo presentes la pureza de sus comienzos y los principios de la razón. Pretendía reconciliar la fe y el saber, la Iglesia y los tiempos modernos. A diferencia de los «neólogos» protestantes, los representantes de esa ilustración católica se mantuvieron dentro de la religión revelada y, sin perder de vista el objetivo de una Iglesia primitiva idealizada, crearon importantes enfoques nuevos en el campo de la teología, de la espiritualidad y de la pastoral. A estos logros desconocidos en tiempos anteriores aludió Sebastian Merkle († 1945) ya en 1908, exigiendo el consiguiente enjuiciamiento matizado. La teología debe a la ilustración (el trabajo pionero de algunos protestantes ha sido decisivo en este campo) el indispensable método histórico-crítico y la exigencia de una información objetiva. La piedad ilustrada apuntaba a una conducta sobria, conscientemente cristiana, inspirada por el evangelio. La pastoral exigía que la predicación y la catequesis encerraran un contenido bíblico y cercano a la vida cotidiana; subrayaba la necesidad de una pastoral concienzuda, una liturgia cercana al pueblo (lengua vernácula), un diálogo constante con los tiempos, y una formación profunda y actualizada de los sacerdotes. El romanticismo, la restauración y el ultramontanismo desplazaron o combatieron gran parte de estos objetivos que, sin embargo, reaparecerían más tarde en el catolicismo reformista, en el «modernismo» o en los actuales afanes.

Reformas ilustradas se cruzaron hacia 1800 con la voluntad renovadora de la restauración y, sobre todo, del romanticismo, que, en contra de la ilustración radical, apuntaba a los valores de la tradición, del sentimiento, de lo comunitario, de la edad media y, especialmente, de la Iglesia católica. Estas fuerzas, que no provenían de los obispos o de Roma, eran autónomas y se reunían en reducidos círculos sociales de seglares cultos, en consonancia con la característica de la vida cultural de aquellos tiempos. Encontramos círculos de este estilo en Münster (princesa Amalie von Gallitzin), en París (la rusa conversa Sophie Svetchine) y en Viena (círculo de Hofbauer). Muchas maduraciones de la fe y conversiones de personalidades importantes muestran la pujanza de tales círculos, que individualmente evidencian grandes diferencias: la lucha de Hofbauer contra todo tipo de ilustración se hermanaba con una estrecha vinculación a Roma y con la denuncia de sus adversarios eclesiásticos, tan inseparable del ultramontanismo posterior. Los múltiples estímulos de Johann Michael Sailer, que también fue objeto de los ataques de Hofbauer, dejaron una huella profunda en el círculo de Landshut (posteriormente de Munich). Al trasladarse la Universidad de Landshut a Munich (1826), esta última ciudad se convirtió en el centro católico más importante (Joseph von Görres, Ignaz von Döllinger). El círculo de Maguncia (obispo Johann Ludwig Colmar, Franz Leopold Liebermann) estaba dirigido por eclesiásticos y seguía una línea centralista e incluso ultramontana; su órgano de expresión era «Der Katholik» (1821); propugnaba que se diera al clero una formación en seminarios cerrados. Por el contrario, la escuela de Tubinga, con su «Theologische Quartalschrift» (1819) consiguió renovar la teología universitaria y, dejando a un lado la teología de controversia, se adentró en la eclesiología (*Symbolik* de Johann Adam Möhler, 1832). Todas estas fuerzas compartían el deseo de renovar la Iglesia.

Las dolorosas experiencias que la Iglesia del siglo XIX vivió con la ilustración, la revolución y el liberalismo la empujaron a situarse políticamente al lado del legitimismo, la restauración y los grupos de poder enemigos del progreso, y desde el punto de vista interno provocaron el ultramontanismo, una vinculación de todos los ámbitos eclesiales con Roma y con el papado mucho más estrecha que las conocidas hasta entonces. El ultramontanismo nació en Francia (donde tuvieron lugar los sufrimientos más intensos de la Iglesia). A través de Maguncia pasó a Alemania. El círculo de Hofbauer fue el puente por el que entró en Austria, y se propagó por todo el mundo a través de numerosos canales. En un principio, Roma misma miró con reticencia tales iniciativas. Desde Gregorio XVI, y sobre todo por la irradiación personal de Pío IX, que dio origen a una verdadera veneración del papa, este movimiento se comenzó a promover conscientemente desde arriba. Los nuncios pontificios, los sacerdotes formados en Roma, las órdenes y congregaciones religiosas,

especialmente los jesuitas, promovían una actitud que valoraba muchísimo a «Roma» (el papa, la cuna, las congregaciones, los nuncios, etc.) y consideraba como no eclesial toda resistencia al sistema, cada vez más centralista. El papa llegó a parecer como «Dios en la tierra». La infravaloración propagada por el galicanismo, el episcopalismo y el josefinismo había oscilado hasta el polo opuesto. En consecuencia, el ultramontanismo no es el simple resultado de una nueva fase evolutiva de la estructura de la Iglesia, sino una posición extrema junto a otras contrapuestas. Nacido en la base y combatido por muchos seculares importantes (Joseph de Maistre, Louis Veuillot), se unió fácilmente con el conservadurismo y la intolerancia contra quienes pensaban de otra manera, y con una piedad estrecha y miope hecha de devociones. Con frecuencia significaba el camino hacia un gueto católico. En el plano de la teología, fue significativa e importante su unión con la neoescolástica, considerada como doctrina católica válida para todos los tiempos, e implantada con fuerza creciente. La historia de la Iglesia de los dos últimos siglos sólo puede entenderse desde ese trasfondo. El ultramontanismo forma parte del destino histórico de la Iglesia occidental. El concilio Vaticano II lo colocó, por fin, entre signos de interrogación.

#### b) *Utilización de las nuevas cotas de libertad civil*

La vieja resistencia católica contra la Iglesia estatal se unió en ocasiones con fuerzas revolucionarias o con grupos liberales para alcanzar objetivos de política eclesiástica. La emancipación de los católicos ingleses (1829) vino a través del movimiento en favor de la libertad de Irlanda dirigido por Daniel O'Connell († 1847). La tradición de un catolicismo liberal nació en Francia (Lamennais), pero no llegó a implantarse allí. Sin embargo, tuvo su repercusión en Bélgica, donde los católicos participaron en la separación de Holanda (1830) y en la Constitución liberal (1831), extrayendo de ésta considerables beneficios (enseñanza, especialmente la Universidad de Lovaina, 1834-1835). La vía belga, consentida por un papa de pensamiento completamente legitimista, como Gregorio XVI, terminó por conducir a una aproximación de la Iglesia a la sociedad moderna.

En 1848 el «año de la revolución», se aprovechó en muchos países la evidente posibilidad de ir al Parlamento con los liberales para imponer las exigencias de la Iglesia, con la intención de utilizar también para la Iglesia las nuevas libertades conquistadas: la libertad de reunión, de prensa y de asociación. Al recorrer esas vías, el catolicismo, partiendo desde abajo, consiguió importantes posiciones en la sociedad y vio cómo despertaban nuevas fuerzas sobre todo en los seculares.

Asociaciones en todos los ámbitos religiosos, caritativos, sociales, culturales y políticos nacieron desde 1848, y se produjo un auténtico

movimiento asociativo, especialmente en Alemania (*Piusverein* para la libertad religiosa en Maguncia, 1848) y en Austria. La historia de la vida de la Iglesia se convirtió en buena medida en la historia de estas asociaciones. La actividad sacerdotal y la entrega de seculares activos estuvieron dedicadas a ellas. En el campo político pudieron neutralizar algunos esfuerzos liberales y socialistas que iban contra la Iglesia. A finales del siglo XIX y a principios del XX nacieron agrupaciones para lograr grandes unidades de acción (1890, Asociación popular para la Alemania católica; 1904, Asociación popular católica en Suiza; 1909, Liga popular católica en Austria). No sólo los políticos conservadores manifestaron reparos contra las asociaciones, sino también algunos obispos que veían en ellas la ausencia de directrices eclesiales. El éxito era dudoso si las asociaciones sólo conseguían un espacio artificial para la vida católica en un entorno secularizado. En los últimos años del pontificado de León XIII se fundaron numerosas asociaciones con objetivos sociales.

A partir de 1848 emergieron con más fuerza en las universidades diversas asociaciones cuyas estructuras y usos tenían sus raíces en las corporaciones estudiantiles desde la edad media. A las corporaciones libertario-nacionales de estudiantes alemanes que se batían en duelo se contrapusieron desde 1844 otras católicas que se oponían a los duelos. Una federación de las asociaciones católicas sin color nació en 1865 en el *Kartellverband* (KV), y otra de color en 1867 en el *Cartellverband* (CV). En Austria, las asociaciones nacidas desde 1864 (primero en Innsbruck) alcanzaron gran importancia política con el canciller federal Seipel (1922ss) y en el «Estado corporativo cristiano». Concepciones del mundo contrapuestas condujeron en 1933 a la separación del *Cartellverband* austríaco (OCV). La importancia de las asociaciones católicas radica en la formación de una clase dirigente tanto en el plano intelectual como en el político.

Debido a la creciente implantación del socialismo tuvieron particular importancia las asociaciones de obreros. Se habían dado ya los primeros brotes en 1849 (Asociación de San José Obrero en Ratisbona). Pero las más importantes nacieron como consecuencia del llamamiento lanzado en el Día de los católicos de Amberg en 1884. En un primer momento, sus objetivos eran de tipo religioso y caritativo; su dirección estaba en manos de eclesiásticos. La encíclica *Rerum novarum* (1891) supuso el reconocimiento pontificio y produjo una difusión aún mayor. En Austria nacieron asociaciones obreras desde 1869, pero en mayor número, y en unión con el partido socialcristiano, desde 1892. Siendo aún estudiante, Anton Orel fundó la Federación de la juventud obrera de Austria (1905). Desde un punto de vista eclesial fueron lamentables los intentos de llevar a cabo asociaciones interconfesionales. *The noble and most holy order of the knights of labour* (Estados Unidos de América, desde 1869), compuesta por

católicos en una proporción de dos tercios, fue considerada una «sociedad secreta», llegando a ser prohibida por León XIII, si bien la intercesión de los obispos consiguió que fuera tolerada posteriormente.

Del primer Día de los delegados de las asociaciones en Maguncia (1848, siendo presidente el seglar Franz Joseph Buss) nació en Alemania el Día de los católicos, un comité central para la preparación y para el trabajo posterior, en 1869. En Austria se celebra el Día de los católicos desde 1877 (y se participa también en el Día de los católicos alemán). El Día de los católicos llegó a convertirse en una condensación de toda la vida y actividad eclesiales.

### c) *Partidos católicos*

Aunque las experiencias con las revoluciones empujaron al movimiento católico y a la Iglesia misma a una línea legitimista desde 1789, y a pesar de las condenas eclesiásticas de las ideas progresistas del filósofo y reformador social Hugo-Félicité-Robert de Lamennais (revista «L'avenir», 1830-1831) en 1832, se formaron partidos católicos. León XIII exhortaría (1892) a los católicos franceses a aceptar la república como forma de Estado. En Alemania, de una vinculación flexible de los diputados católicos en el Parlamento de la Iglesia de San Pablo (1848) nació posteriormente el Partido de centro de Prusia y del *Reich* alemán. Ubicado entre conservadores y liberales, representaba los intereses católicos y sobrevivió al conflicto (*Kulturkampf*) entre la Iglesia y el Estado alemanes. Importante todavía en la República de Weimar, desapareció como consecuencia del concordato con el *Reich* (1933). Su paralelo austríaco, inspirado intelectual y programáticamente por el teólogo moralista Franz M. Schindler, sería el partido socialcristiano, constituido hacia 1890, cuyos dos miembros más destacados fueron el alcalde de Viena Karl Lueger y el profesor de teología Ignaz Seipel; ese partido iba a ser el principal representante de la política católica hasta el nacimiento del «Estado corporativo» (1934).

En Italia, el neogüelfismo católico sucumbió al nacionalismo radical después de 1848, y la «cuestión romana» impidió por completo el nacimiento de un partido católico. A partir de Pío X, los papas vieron con mejores ojos la actividad política en la nueva Italia. Benedicto XV dio su aprobación al *Partito popolare italiano* del sacerdote Luigi Sturzo (1919). Este partido llegó a convertirse en el modelo de un partido demócrata cristiano. Conflictos internos menguaron sus éxitos, y fue marginado por el fascismo, que llegó al poder en 1922.

Los partidos provenientes de la tradición del catolicismo político, organizados de forma flexible desde 1945 en la Unión internacional de demócratas cristianos, se encontraron ante situaciones nuevas, debidas

frecuentemente a la progresiva retirada de la Iglesia de la política. En el tercer mundo, la cuestión social juega un papel decisivo en esos partidos. Los partidos cristianos han dedicado una atención creciente a la cuestión social desde el siglo XIX. A ellos se debe en gran parte la aceptación por parte de la Iglesia de las ideas democratacristianas. Esa aceptación ha ido progresando desde 1918 y la primera declaración pontificia al respecto fue realizada por Pío XII en la alocución navideña de 1944.

#### d) *Prensa y escuelas*

En el campo de la prensa, desde principios del siglo XIX fueron apareciendo periódicos y revistas católicos por iniciativa de sacerdotes y seglares. Entre las numerosas publicaciones podemos señalar: «Katholik» (1821), de Maguncia; «L'avenir», del grupo formado alrededor de Lamennais (1830); «L'univers» (redactor-jefe en 1843 Louis Veuillot). Pero casi todas las publicaciones periódicas católicas tuvieron una importancia menor que la prensa librepensadora. Y nada digamos de las publicaciones eclesiásticas de divulgación popular. De cualquier forma, se cayó en la cuenta de la importancia que revestía la prensa para la sociedad moderna, sobre todo a partir de 1848, y se sintió la creciente necesidad de contrarrestar los efectos de la «mala prensa». Algunas revistas se dirigían específicamente a un clero lleno de vitalidad, por ejemplo, «Theologischpraktische Quartalschrift» (1848), de Linz. Los primeros periódicos católicos tenían tiradas muy reducidas, e incluso más tarde, cuando la situación mejoró, fueron casi siempre periódicos de católicos para católicos, desperdiciándose la oportunidad de cumplir una función crítica dentro de la Iglesia misma.

En cuanto a la escuela, la generalización de la formación y la creciente estatalización de la enseñanza desde el siglo XIX hicieron que los intereses de la Iglesia en este terreno se convirtieran en una importante materia concordataria (Estados federales alemanes, Austria), llevando en ocasiones a acaloradas confrontaciones en detrimento de otras cuestiones importantes (por ejemplo, la cuestión laboral).

Allí donde el sistema de enseñanza era claramente secularizado (países latinos) o configurado por otras confesiones (países anglosajones), junto al sistema estatal se desarrolló toda una red de escuelas católicas libres (Bélgica desde 1834; posteriormente Irlanda, Francia, Estados Unidos) y culminó en universidades católicas que, siguiendo modelos más antiguos (Lovaina, Institutos católicos en Francia 1875, Friburgo de Suiza, y otros), nacieron incluso después de la primera guerra mundial, por ejemplo, en Lublín (1918), Milán (1920) y Nimega (1923). Los intentos realizados en Alemania (después de 1848, Fulda) debieron ser abandonados a partir de 1870, y los esfuerzos referidos a Salzburgo (desde 1884) no



llegaron a cuajar. El papa Benedicto XV creó la Congregación para los seminarios y las universidades (1915).

### e) *Lo social y la Iglesia católica*

Los primeros movimientos sociales cristianos se distanciaron u opusieron a las reivindicaciones socialistas frente a la industrialización y los abusos de la economía capitalista. En la Iglesia se miraba entonces con recelo esas reivindicaciones, defendidas por determinados individuos o grupos. A partir de los años veinte, los católicos franceses tomaron más en serio la preocupación social (Conferencias de San Vicente desde 1833, posteriormente también en Alemania; nuevo interés por san Vicente de Paúl). Philippe Buchez, Frédéric Ozanam y otros buscaron caminos para solucionar la cuestión social. En Alemania destacaron Franz Joseph Buss (primer discurso sociopolítico en un Parlamento alemán, 1837), el filósofo Franz von Baader y el sacerdote Adolf Kolping, de Elberfeld (asociaciones de oficiales artesanos desde 1849). Sin embargo, el mundo del trabajo fue configurado por doctrinas de origen socialista críticas con la Iglesia.

El catolicismo social alemán fue pionero al aceptar, en interés de los trabajadores, una legislación que restringía la libertad económica. A este respecto, constituyó todo un hito el Día de los católicos celebrado en Francfort del Meno en 1863, donde el principal teórico fue el obispo de Maguncia Wilhelm Emmanuel von Ketteler. Ganado por éste para el catolicismo, actuó en Austria Karl von Vogelsang, que logró el concurso de nuevas fuerzas, entre las que se encontraba Karl Lueger. En un momento posterior de la evolución (protagonizada especialmente por fuerzas francesas, alemanas y del norte de Italia) se produjo una bifurcación; por un lado fueron los católicos sociales alemanes, que exigían la intervención del Estado y reformas estructurales, y por el otro los franceses y belgas (escuela de Lovaina), que rechazaban las exigencias de los alemanes. La primera encíclica social pontificia *Rerum novarum* (1891) siguió a la corriente alemana. Además, Georg von Hertling fundamentó la doctrina social católica en el derecho natural, con lo que se consiguió superar paulatinamente la imagen antirrevolucionaria de sociedad defendida por el romanticismo. Como en las asociaciones obreras, la cuestión confesional era difícil y al mismo tiempo urgente en los *sindicatos*. A finales del siglo XIX, la minoritaria «corriente de Berlín» abogaba por sindicatos exclusivamente católicos, dirigidos por la Iglesia. Por el contrario, la «corriente de Colonia» señalaba que los sindicatos cristianos debían su amplia implantación precisamente a su carácter autónomo e interconfesional. Pío X se inclinaba por los planteamientos de la corriente de Berlín, pero se consiguió que no llegara a tomar una decisión restrictiva. Benedicto XV rechazó la prevención contra los sindicatos y en numerosas

ocasiones estimuló a los sindicatos cristianos. Pío XI aprobó expresamente la militancia sindical.

Una debilidad generalizada del catolicismo social era la incompetencia en cuestiones sociales y la vieja animadversión contra las ideas revolucionarias, así como la frecuente falta de imaginación. Sin embargo, un creciente número de católicos contribuyó a la implantación de la justicia social en muchos sectores. Desde la terminación de la segunda guerra mundial los movimientos reformistas encontraron eco creciente también entre los católicos, a diferencia de las frecuentes reservas de los partidos democratacristianos, a los que aventajaban mucho en el conocimiento de las necesidades y exigencias políticas. Un profundo cambio se percibe sobre todo en las encíclicas sociales de los papas, donde se pasa de «comprensión para la situación de los trabajadores» (*Rerum novarum* de León XIII) al reconocimiento de la primacía del trabajo humano frente al capital (*Laborem exercens* de Juan Pablo II, 1981). «La doctrina social de la Iglesia» (expresión acuñada por Pío XII) se convirtió en disciplina teológica. La realización de la justicia entre los hombres continúa siendo una preocupación creciente para los católicos.

#### f) *La importancia creciente de los seglares*

De las numerosas iniciativas que los seglares han realizado desde el siglo XIX hasta la Acción católica de los tres papas Pío del siglo XX con el amplio programa para que los seglares lleven a cabo la recuperación apostólica del mundo va un largo camino. Los obispos y el clero, así como una teología poco respetuosa con los seglares, habían insistido incesantemente en la estricta subordinación de los laicos a la jerarquía. Esto fue justamente lo que de hecho —y en parte continúa distinguiendo— a la Acción católica de otras muchas asociaciones católicas. La *Association catholique de la jeunesse française* (fundada en 1886) tenía ya el amplio programa «espiritualidad, estudio, acción», y acentuaba la subordinación a la jerarquía, hasta el punto de que fue aprobada por Pío X. En ella, los seglares gozaban de un amplio campo para iniciativas, junto a los capellanes, que eran «asistentes espirituales» (en una cierta reminiscencia de los capellanes castrenses).

Una importante raíz organizativa fue la *Opera dei congressi e dei comitati cattolici* de Italia, fundada en 1875 y dotada de una rígida organización eclesial en 1884. Esta iniciativa congregaba a grandes masas, tanto de sacerdotes como de seglares activos, pero sufrió una gran dependencia del clero, cierta tendencia al aislamiento y mezcolanza de la actividad eclesial y política. No consiguieron abrirse paso los esfuerzos realizados para lograr una mayor libertad; fracasaron incluso los esfuerzos del sacerdote Romolo Murri, gran ídolo de los jóvenes, que intentó

aprovechar el cambio de papa (1902-1904). Pío X disolvió la *Opera* y en la encíclica *Il fermo proposito* (1905) dio a conocer los principios pontificios para la Acción católica, acentuando especialmente la vinculación con la jerarquía. También en las tareas profanas, en la vida política y social guiada por principios cristianos, el seglar debía actuar como prolongación del clero.

Pío XI, el verdadero fundador de la Acción católica con su primera encíclica *Ubi arcano* (1922), tenía una visión general más amplia. Parecía haber llegado el momento oportuno para hacer valer en la sociedad los principios cristianos mediante la utilización de medios modernos. Esta nueva cristiandad podía renunciar a las ideas del *ancien régime*. La crítica liberal acusaba al papa de limitarse a propagar una forma más modernizada del viejo ideal teocrático. Sin embargo, los concordatos crearon una situación jurídica favorable o, al menos, neutral. Incluso en la Italia fascista se abogó por la libertad de la Acción católica. La descripción de la misma como «participación en el apostolado jerárquico» suscitaba cierta reserva en Pío XII (la actividad del seglar no es jerárquica aunque la realice por encargo de la jerarquía), que prefería hablar de «colaboración» o de «ayuda».

Con la creciente descristianización del mundo desde los años treinta, las cuestiones se hicieron más urgentes, pero no más claras. No se había encontrado todavía el camino concreto. ¿Se reduce todo a confiar en la gracia y a predicar con valentía el evangelio «oportuna e inoportunamente»? ¿En qué medida se puede colaborar con los incrédulos en el afán de servir a la recristianización? ¿Qué exige del trabajo apostólico la evidente necesidad de dirigirse a las masas? ¿Hasta qué punto deben y pueden ser cristianizadas las estructuras sociales? La distinción entre *actio catholica* y *actio catholicorum*, introducida por Pío XII, pretendía trazar una línea de separación entre el ámbito de competencia propiamente jerárquica y la responsabilidad específica del seglar en el campo político y social. La organización de la Acción católica difiere mucho de unos países a otros. En determinados sitios se presenta como movimiento único en el que se integran mujeres, hombres, chicos y chicas, tal como estuvo organizado en Italia y fue imitado en diversos países (por ejemplo, Austria, en perjuicio de las asociaciones). En otros lugares toma la forma de continuación de las asociaciones activas, renunciando casi por completo a la denominación de Acción católica (Alemania, la Suiza de habla alemana, países anglosajones). En tiempos de Pío XI e incluso posteriormente se han reconocido movimientos especializados, como la Juventud obrera católica (JOC) fundada por Joseph Cardijn, la Legión de María nacida en Irlanda (1921), o los diversos movimientos familiares. Con frecuencia, tales asociaciones superaron muy bien la crisis que se abatió sobre la Acción católica de varios países desde los años cincuenta del presente siglo.

Muchos de los interrogantes abiertos desembocaron en la amplia discusión sobre los seglares y sus tareas en la Iglesia y en el mundo, temática abordada por el concilio Vaticano II.

### g) *Obispos y sacerdotes*

La situación de los obispos y del clero ha sufrido grandes mutaciones. Desde los tiempos del emperador José II y de la revolución francesa se ha llevado a cabo en no pocas regiones revisiones de los límites de las diócesis para adecuarlos a las circunscripciones estatales y a las exigencias pastorales. Puesto que los derechos de monasterios (incorporaciones) y el sistema de prebendas habían desaparecido en buena medida, el poder de los obispos alcanzó en diversos países una gran altura durante el siglo XIX. Esta nueva preponderancia de los obispos, no siempre de buenas consecuencias, se vio rebajada de nuevo por el centralismo romano. Los derechos señoriales de nombrar a los obispos y los derechos de elección de cabildos —derechos que en parte se mantienen en vigor, especialmente en Alemania— fueron interpretados por la curia como simples derechos de presentación o como privilegios pontificios. Consecuentemente, la curia romana trató de reducirlos, especialmente después de la primera guerra mundial.

También donde las consecuencias de las revoluciones tuvieron menor incidencia decreció el porcentaje de obispos pertenecientes a la nobleza; sin embargo, los obispos nombrados por los soberanos daban la impresión de pertenecer al alto funcionariado y continuaban estando más cerca de la clase dominante que del clero y del pueblo. Sin embargo, la mayoría de los obispos —y en esto tenemos un verdadero progreso del siglo XIX— prescindiendo del modo de designación y su condición social, eran verdaderos pastores de almas, se preocupaban por la disciplina del clero, la pastoral, la educación de la juventud y trataban de hacer frente al espíritu mundano. El lugar de los antiguos sínodos era ocupado por las Conferencias episcopales, primero en Bélgica (1830) y desde 1848 ó 1849 también en Alemania y Austria. Con el tiempo estos organismos se convirtieron en herramienta de primera mano para revitalizar la voluntad eclesial. Pasada la época en que Roma temió las tendencias episcopalistas, León XIII adoptó una actitud positiva. En consecuencia, las conferencias episcopales terminaron por encontrar cabida en el derecho canónico.

El siglo XIX pudo contemplar también un nuevo tipo de sacerdote, que alcanzó perfiles más definidos durante el siglo XX. Educados y protegidos en el seminario desde la infancia hasta la ordenación sacerdotal, comprometidos con el ideal del santo marginado, los sacerdotes que actuaron una vez pasadas las convulsiones revolucionarias fueron más numerosos y se dedicaron con mayor intensidad y celo a la pastoral

parroquial que los sacerdotes de la era prerrevolucionaria. Santos como el cura de Ars, Jean-Marie Vianney († 1859), Vincenzo Pallotti († 1850) o el apóstol de los jóvenes Don Bosco († 1888) son exponentes del nuevo espíritu. También la ascesis sacerdotal fue contemplada desde la perspectiva pastoral. En algunos países, el hecho de vestir la sotana o el hábito religioso fue considerado como señal de una conducta sacerdotal ejemplar. Puntos flacos frecuentes de este clero celoso era un cierto distanciamiento del mundo, una cierta medianía que se delataba en la predicación, la dedicación pastoral casi exclusiva a las mujeres y los niños, y fracaso frecuente en la ciudad y en las poblaciones industriales. Desde León XIII se progresó bastante en el desarrollo permanente de los métodos catequéticos (centros en Munich y Viena), así como en los esfuerzos por dar con una pastoral eficaz para la gran ciudad (Heinrich Swoboda en Viena). A partir de 1900 se notó, especialmente en Francia, una viva preocupación por encontrar nuevos caminos a la pastoral. Los esfuerzos referidos a la gran ciudad y a las zonas industriales se intensificaron aún más desde Pío X. Esto se puso de manifiesto en la actividad del «apóstol de Berlín» Karl Sonnenschein, y en Austria en el grupo formado alrededor de Karl Rudolf y Michael Pfliegler, sucesores de Swoboda. Durante la segunda guerra mundial se pudo ver en Francia hasta dónde había llegado la «apostasía de las masas», y en 1941 se creó la *Mission de Frunce*, con instituciones especiales para las regiones descristianizadas; entre esas instituciones encontramos la experiencia de los sacerdotes obreros. La crisis sufrida por éstos (1954) y la reglamentación restrictiva en nada menguan la grandeza de la entrega. Tanto en Francia como en

Alemania y en Austria, en gran parte como consecuencia del movimiento litúrgico, la parroquia se ha convertido cada vez más en el marco normal de la pastoral. Se percibió con toda claridad la ineludible necesidad de suministrar formación religiosa a los adultos. El catecismo alemán de 1954, que empalma con modelos franceses inmediatamente anteriores a la segunda guerra mundial, apunta hacia un catecumenado para zonas cristianizadas hace mucho tiempo. Se emparenta con estos esfuerzos generales el plural intento de encontrar una nueva pastoral para los jóvenes, esfuerzo vivo desde los años veinte (en parte, siguiendo la estela del movimiento juvenil).

Las nuevas tareas pastorales requieren también nuevas características del sacerdote. Algo parecido se hizo sentir ya en el siglo XIX para hacer frente al nuevo campo de las asociaciones y de las tareas que se abrían en la prensa y en la política. Surgió entonces una figura plural de sacerdote, desde el que se dedicaba a la pastoral parroquial hasta el que se entregaba a la política. La evolución general vivida desde 1789 había arrinconado este tipo y también la participación de los sacerdotes pertenecientes a órdenes

religiosas. Pero la variedad de las tareas pastorales del siglo XX exigía el despliegue de la actividad sacerdotal en los más diversos campos.

En el marco de los intensos esfuerzos realizados desde el siglo XIX en la formación de sacerdotes, que superan considerablemente las exigencias postridentinas, tenemos que señalar que la actividad del vicario general de Constanza (hasta 1813) Ignaz Heinrich von Wessenberg para conseguir un buen plan de estudios y la formación permanente del clero («Archiv für Pastorkonferenzen», 1804-1827) se inscribe todavía en lo que cabe denominar ilustración católica. Sus planteamientos no respondían ya a las concepciones ultramontanas tardías y se perdieron en su mayor parte. Sin embargo, los papas se dirigieron al clero desde Pío IX con frecuencia creciente. También los obispos y las órdenes religiosas renovadas o de reciente fundación se preocuparon seriamente del clero. En general, esas instrucciones se seguían de mejor grado que antaño, y se produjeron diversas agrupaciones, como la *Associatio perseverantiae sacerdotalis* (Viena 1868), que pretendían aclimatar al sacerdote en el mundo sobrenatural mediante una vida de oración reglamentada. Desde los años veinte de nuestro siglo, a las antiguas conferencias de pastoral se han sumado numerosas instituciones nuevas que intentan equipar a los sacerdotes para su tarea pastoral en el mundo moderno. Numerosos factores han contribuido durante los dos últimos siglos a elevar el equipamiento intelectual y religioso, la conducta moral y la importancia social del clero.

#### h) *Evolución general de la piedad*

El entusiasmo romántico por la edad media, el ultramontanismo y la reacción contra el racionalismo ilustrado crearon en el siglo XIX una nueva espiritualidad con numerosas formas de devoción tanto nuevas como antiguas. Ahora predominaba el sentimiento, la afición a lo milagroso, en ocasiones rayana en lo infantil. Comparada con la ilustración católica, esta nueva piedad se orienta menos por la Biblia y por la liturgia, sin embargo su insistencia en fomentar la recepción de los sacramentos y la actitud marcadamente eclesial recogen puntos centrales. Entre sus numerosos promotores debemos destacar a los jesuitas, con su rechazo de todo lo «jansenista», a los redentoristas y a otras órdenes religiosas, a los sacerdotes con formación romana, y desde Pío IX también a los papas. A mediados del siglo XIX se incrementó la tendencia a lo externo, se propagó a las grandes masas y se sirvió de impresionantes medios de expresión: las peregrinaciones masivas con modernos medios de transporte, estatuas colosales, grandes iglesias de estilo neogótico considerado como «sacro». Todavía hoy podemos percibir las repercusiones de este desarrollo en intensidad y extensión.

Después de Pío X emergió una reacción creciente a esa espiritualidad, especialmente en la juventud, que consideraba la práctica religiosa de sus padres como sentimental, puramente exterior y preocupada exclusivamente por su propia salvación. Se produjo entonces un nuevo despertar de la conciencia eclesial. Se deseaba pasar del antropocentrismo (del que se reprochaba a los jesuitas con frecuencia) al cristocentrismo, de una espiritualidad subjetiva a otra más objetiva y basada en la actuación de la gracia, de un egoísmo preocupado exclusivamente de la propia salvación a una comunión orante. Puesto que esta nueva espiritualidad incluía componentes bíblicos, litúrgicos y ecuménicos, se produjo un cambio profundo antes del concilio Vaticano II, que confirmó esta línea de evolución en sus rasgos esenciales y la robusteció a escala universal. Paralelamente se escuchó una crítica plural que se mantiene viva todavía hoy.

Por otro lado, el despertar de la conciencia de los seculares ha traído consigo la búsqueda afanosa de su espiritualidad. La búsqueda continúa en nuestros días y parte de que la espiritualidad secular no puede ser una espiritualidad sacerdotal o religiosa descafeinada, sino que ha de tener una entidad propia. También perdura hasta nuestros días la acentuación, no siempre exenta de conflicto, de la dimensión social y política de la fe cristiana, que goza de una rabiosa actualidad en la problemática del mundo actual.

#### i) *Eucaristía, Corazón de Jesús, Cristo Rey*

A la adoración de la eucaristía se dedicaron nuevas congregaciones religiosas. Esa veneración revistió diferentes formas devocionales. La «adoración perpetua» recomendada por Pío IX (1851) adquirió rostros peculiares en diversos países. Con frecuencia se incluyó también al poder del Estado laico en la idea expiatoria que resuena en esa adoración. Y de ahí nacieron los congresos eucarísticos a partir de 1874. En un principio fueron pensados como peregrinaciones expiatorias a lugares agraciados con milagros eucarísticos, pero más tarde pasaron a ser manifestaciones masivas, también contra una política anticlerical. Complementados con días de estudio (Aviñón 1876), tenían lugar en grandes ciudades. Al principio se eligieron ciudades católicas (Lille 1881), pero posteriormente se celebraron también en otras cuya población no pertenecía mayoritariamente a la religión católica. Además, los congresos no estuvieron reservados a un solo continente, sino que tuvieron lugar en todos ellos. El interés de los papas se hacía patente en el envío de legados (los primeros a Jerusalén, 1893, con una clara intención de buscar la unión). Pío X (Roma 1905) y Pablo VI (Bombay 1964, Bogotá 1968) llegaron incluso a participar personalmente. En vísperas de la primera guerra mundial, la

participación del emperador alemán y de los archiduques en la procesión del santísimo sacramento de 1912 en Viena constituyó todo un acontecimiento. Los congresos eucarísticos celebrados en los últimos tiempos han recogido las preocupaciones de la renovación intraeclesial, del movimiento litúrgico y del ecumenismo.

La idea de la comunión frecuente estaba unida inseparablemente al movimiento litúrgico. La promoción de la comunión frecuente, a poder ser diaria, desataron acaloradas discusiones en el clero desde la primera mitad del siglo XIX, y fue estimulada por los papas. Los decretos publicados por Pío X sobre la comunión (comunión frecuente, 1905; primera comunión con corta edad, 1910) aportaron claridad y trazaron la línea seguida hasta nuestros días. La revitalizada veneración del Corazón de Jesús asoció la espiritualidad, la pastoral y la política en el «siglo del Sacratísimo Corazón» (Maurice d'Hulst). A diferencia de lo sucedido en la revolución francesa, los legitimistas habían establecido la vinculación con las preocupaciones de tipo político, especialmente en Francia desde 1870, debido a las peculiares circunstancias patrióticas; pero esa misma vinculación se produjo también en el Tirol. Muchas nuevas congregaciones religiosas se consagraron al Corazón de Jesús; la fiesta se extendió a toda la Iglesia (1856); Marguerite-Marie Alacoque fue canonizada (1864). La idea de la consagración al Sagrado Corazón entendida como «crístocracia» prendió en individuos, familias, grupos y países enteros (voto de Luis XVI en la prisión), y con la consagración realizada por León XIII en la última noche del siglo XIX terminaría por adquirir dimensión universal. Giovanni Perrone insertó el tema del Corazón de Jesús de la dogmática en el tratado *De Verbo incarnato*. Los papas (León XIII, Pío XI y también Pío XII) trataron de robustecer los fundamentos doctrinales de este tema y se esforzaron por difundir la devoción, que veía con agrado el objetivo final de la realeza social de Cristo. Si después de 1870 se vinculaba al «prisionero del Vaticano» con la expiación del Corazón de Jesús, al desaparecer posteriormente el elemento religioso-político la devoción misma entró en una crisis de la que no se ha repuesto todavía, pero que no desencadenó discusiones significativas.

Otro tanto cabe decir de la idea de Cristo Rey, nacida de la veneración de la eucaristía y del Corazón de Jesús, y plasmada en la introducción de la fiesta de Cristo Rey (1925, con la renovación anual de la consagración del género humano al Corazón de Jesús). Numerosos grupos, de marcado talante moderno, promovieron la fiesta, que sin embargo parecía confirmar una imagen de Cristo vinculada a la Biblia, a los Padres y a la liturgia. Pero las objeciones fueron ganando en intensidad, especialmente entre los liturgistas (doble fiesta de la manifestación de Cristo). En consecuencia, la aproximación al adviento en la reforma litúrgica conciliar significa una especie de salvación de compromiso. El



concepto subyacente de reino de Dios o de Cristo se tendió a identificar con la Iglesia terrena desde el siglo XIX, pero el catolicismo del siglo XX lo va entendiendo paulatinamente en su verdadera significación.

#### j) *María y los santos*

La piedad mariana se desarrolló y creció considerablemente en los siglos XIX y XX, en parte como consecuencia de las apariciones de María que comenzaron a darse desde 1830, tuvieron su cima más alta en Lourdes (1858) y Fátima (1917), y perduran hasta hoy (Medjugorje, en Bosnia-Herzegovina desde 1981). Los papas definieron los dogmas de la Inmaculada Concepción de María (1854) y de su Asunción corporal a los cielos (1950), y fomentaron todo tipo de corrientes marianas. Nuevas congregaciones religiosas han tomado el nombre de la Inmaculada Concepción o el de Corazón de María; las congregaciones marianas se revitalizaron y propagaron ya desde 1801. La devoción del mes de mayo experimentó un auge creciente desde los años treinta del siglo XIX, aunque comenzó a decrecer al introducirse la misa vespertina. El rosario, recomendado especialmente por León XIII, se reza aún en nuestros días. Los congresos marianos (desde 1900) han suscitado numerosos estudios mariológicos (de valor desigual) y congresos mariológicos (desde 1950). La corriente de las últimas décadas, confirmada por el concilio Vaticano II, ha tratado de integrar la mariología y la veneración de María en el contexto más amplio del mensaje salvífico.

En realidad no llegó a producirse tensión seria alguna entre la piedad eucarística y del Corazón de Jesús, por un lado, y la devoción mariana, por el otro. Ambas líneas nacieron de la piedad barroca y siguieron una evolución paralela, sin fuertes vinculaciones o discrepancias.

A pesar de las muchas beatificaciones y canonizaciones, la veneración de los santos sufría la amenaza creciente de agotarse en la devoción a María. Señalemos, sin embargo, que Pío IX declaró a san José patrono de la Iglesia universal (1870), y León XIII promovió la veneración de la Sagrada Familia, cuya fiesta fue introducida por Benedicto XV (1921) para toda la Iglesia. Junto a la veneración de los santos promovida oficialmente por las canonizaciones y nuevas fiestas, se han dado algunos brotes espontáneos como, por ejemplo, la veneración de santa Teresa del Niño Jesús o de san Francisco de Asís, incluso tras la aparición de una espiritualidad más focalizada a partir del final de la primera guerra mundial. El ecumenismo ha ganado protagonismo creciente en los planteamientos teológicos y espirituales en torno a los santos (Walter Nigg).

#### k) *Los movimientos litúrgico y bíblico*

El movimiento litúrgico de los siglos XIX y XX tiene sus raíces en el barroco, en la ilustración y en el romanticismo. Nacido como consecuencia del ultramontanismo, se convirtió en un movimiento reformista, concentrador, a diferencia de las corrientes que hemos mencionado anteriormente. El fundador y primer abad de Solesmes, don Prosper Guéranger († 1875), promovió la liturgia romana solemne y el canto coral y, más allá de los monasterios benedictinos (Maredsous, Beuron, Maria Laach, Seckau), su influjo se hizo sentir en círculos intelectuales. El *Misal* popular francés (1882) tuvo su paralelo más importante en el «Schott» alemán (editado por Anselm Schott, monje de Beuron, en 1884). Como teólogos sobresalieron Ildefons Herwegen († 1946) y Odo Casel († 1948), ambos de la abadía de Maria Laach. El movimiento en favor de una verdadera «liturgia popular», destinada no sólo a grupos elitistas sino al pueblo sencillo, fue inaugurado en 1909 por el benedictino belga Lambert Beauduin, en el Día de los católicos celebrado en Malinas; Pius Parsch († 1954), canónigo de Klosterneuburg, fue su ferviente propagador desde los años veinte de nuestro siglo. Fueron importantes en este campo también la «teología kerygmática» de los jesuitas de Innsbruck y especialmente las aportaciones de Josef A. Jungmann, que en *Missarum sollemnia* (trad. cast., *El sacrificio de la misa*, Editorial Católica, Madrid 1965) sentó las bases histórico-litúrgicas para la posterior reforma de la misa. De esa forma nació, primero en los monasterios y posteriormente entre los seglares, una espiritualidad centrada en la liturgia, en la Iglesia primitiva y cada vez más en la Biblia. Mediante la vinculación al movimiento juvenil («Quickborn», «Neudeutschland», «Neuland») y a sus dirigentes (Romano Guardini), así como a través de su reválida en grandes asambleas (Día de los católicos alemanes en Viena 1933), el movimiento se difundió más y más.

Entre los papas, ya Pío X captó la importancia de la «participación activa» de los fieles en el culto. Sus sucesores inmediatos siguieron una conducta más reservada al respecto, pero la encíclica *Mediator Dei* (1947) de Pío XII se convirtió, a pesar de sus numerosas restricciones, en un documento capital del movimiento, que vio nacer por todo el mundo comisiones litúrgicas, institutos y sesiones de estudios, y alcanzó pronto la importancia que se hizo patente en el concilio Vaticano II. Se produjeron importantes conexiones con el movimiento bíblico y con el ecumenismo. También en el ámbito protestante se han producido importantes intentos de reforma litúrgica desde el siglo XIX.

Hacia 1900 tomó nuevos impulsos el arte sacro, relacionado esencialmente con la liturgia. Entre las dos guerras mundiales nacieron importantes creaciones (la iglesia de cemento de Notre Dame du Raincy). La evolución posterior se desarrolló sobre todo en Alemania (arte cristocéntrico de J. von Acken, 1923), Suiza y Holanda. Francia, que había

hecho aportaciones decisivas en la pintura, la escultura y las artes menores, creó de nuevo una arquitectura ejemplar con la capilla de Ronchamp (1955). Un cambio radical supuso hacia 1940 la admisión del arte abstracto y la utilización decidida de los grandes maestros contemporáneos, independientemente de sus creencias religiosas. La comprensible discusión suscitada sobre estas cuestiones dio pie a que en 1952 se publicara una instrucción fundamental del Santo Oficio.

El movimiento bíblico católico nació en Alemania a principios del siglo XX. Puesto que el ultramontanismo renovó la vieja actitud defensiva contra el protestantismo y la Biblia, fenecieron todos los retoños de la ilustración católica que apuntaban a una teología y espiritualidad bíblicas. Pío VII reprimió (1817) una primera institución bíblica en Ratisbona (1805). Esta actitud negativa se vio confirmada además por la crítica radical de la Biblia practicada por los protestantes. Mas, a pesar de todos los pesares, la historia bíblica ocupó un puesto junto al catecismo en la enseñanza religiosa del siglo XIX.

El nuevo interés por la Biblia nacido a finales del siglo pasado se puso de manifiesto en traducciones, revistas y comentarios bíblicos. Recomendaron el estudio de la Biblia León XIII (encíclica *Providentissimus Deus*, 1893), Pío X (creación del Pontificio Instituto Bíblico de Roma, 1909) y Benedicto XV. En tiempos posteriores, el movimiento bíblico se vinculó frecuentemente con el movimiento litúrgico y con otras corrientes de espiritualidad de signo concentrador. El movimiento bíblico se propagó ampliamente a través de ediciones baratas de la Biblia, de jornadas bíblicas, de institutos bíblicos y de obras dedicadas a la Biblia (*Katholisches Bibelwerk*, de Stuttgart 1933; *Katholisches Bibelwerk*, de Suiza 1935; *Bibelapostolat*, de Klosterneuburg 1951). La encíclica de Pío XII *Divino afflante Spiritu* (1943) abrió las puertas para que la investigación crítica de la Sagrada Escritura penetrara también en la ciencia bíblica católica, pero se produjeron retrocesos, en forma de condenas, hasta los días del concilio Vaticano II.

Así, pues, en la evolución más reciente de la piedad católica han desembocado muchas corrientes de espiritualidad cristiana, provenientes de todas las épocas posteriores a la ilustración católica.